

Roberto R. Aramayo

Schopenhauer

La lucidez del pesimismo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2018
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Roberto Rodríguez Aramayo, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-105-3
Depósito legal: M. 5.679-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Preámbulo: La lucidez del pesimismo
- 19 Introducción: Una metafísica cuya quintaesencia es el erotismo

Primera parte: Claves de acceso al pensamiento de Schopenhauer: sueños, enigmas, confines, destino y muerte

- 29 1. ¿Quién sueña el sueño de la vida?
- 75 2. El jeroglífico de los enigmas del universo
- 110 3. Los confines de la moral
- 143 4. En torno al destino
- 166 5. De la muerte y el despertar

Segunda parte: Contrastes entre Kant y Schopenhauer sobre felicidad e ilustración

- 193 6. ¿Cómo cabe ser feliz en clave pesimista?
- 212 7. Una Ilustración alternativa

- 231 Tabla de siglas utilizadas en las citas
- 235 Notas
- 255 Cronología
- 261 Bibliografía

*A quienes compartieron
mis alegrías y tristezas.*

*Gracias quiero dar al divino
Laberinto de los efectos y de las causas
Por Schopenhauer,
Que acaso descifró el universo*

Borges, «Otro poema de los dones»

Preámbulo

La lucidez del pesimismo

La voluntad, el deseo de vivir, es tan fuerte en el animal como en el hombre. En el hombre es mayor la comprensión. A más comprender, corresponde menos desear. La apetencia por conocer se despierta en los individuos que aparecen al final de una evolución, cuando el instinto de vivir languidece. El hombre, cuya necesidad es conocer, es como la mariposa que rompe la crisálida para morir. El individuo sano, vivo, fuerte, no ve las cosas como son, porque no le conviene. Está dentro de una alucinación, pues necesita de la ficción y debe encontrar la cantidad de mentira que se necesita para la vida.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*

En 2018 *El mundo como voluntad y representación* cumple su primer bicentenario. La obra estaba ya compuesta en diciembre de 1818, aun cuando en el pie de imprenta pusiera 1819. Criterios editoriales debieron suponer que así la hacía más moderna, tal como pasó con *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud, título aparecido a finales de 1899, aun cuando luego esa primera edición fue fechada por el editor en 1900 para situarla en los albores del flamante siglo XX y no en el ocaso del siglo XIX. Schopenhauer había compendiado en esta su obra capital cuanto se proponía comunicar a sus lectores

y en realidad consagró el resto de sus días a reescribirla bajo diferentes formatos y versiones, dado que los célebres y variopintos opúsculos integrados en *Parerga y paralipómene* constituyen una especie de tercera edición. Mas para todo eso debo remitir al estudio introductorio que presenta mi versión castellana publicada por Alianza Editorial en su colección de bolsillo y que se halla en el primero de sus dos volúmenes¹.

A Schopenhauer se le identifica con el pesimismo. Hay quien ha caracterizado su pensamiento como una filosofía de la *desilusión*². Puede ser una descripción certera, siempre que no la confundamos con *desencanto*, porque se trataría más bien de un *desengaño* cuya misión es iluminar la bruma que rodea cuanto es mera ilusión. Schopenhauer pretende hacernos ver qué puede haber al otro lado de lo ilusorio, del velo de Maya, del mundo de las engañosas apariencias, de los espejismos, o lo que viene a ser lo mismo, qué hay *más allá del querer y del no querer*. Por eso se interesa por esas ideas platónicas que moran fuera de la caverna donde habitamos e igualmente por la cosa en sí kantiana, que Schopenhauer identifica con algo similar a nuestra propia voluntad, con una volición pulsional e inconsciente, lo que le hace volver sus ojos hacia la milenaria sabiduría hindú³ en busca de nuevos conceptos.

El pesimismo, entendido como lucidez, como una clarividente perspicacia que logra iluminarnos como un faro en la noche y consigue *des-ilusionarnos* al despojarnos de vanas ilusiones, es el camino que nos permite vislumbrar lo meta-físico, lo que hay más allá del querer, del constante anhelo por satisfacer nuestros mutables e

insaciables deseos. De ahí el título del presente libro: *Schopenhauer: La lucidez del pesimismo*. Schopenhauer no se regodea en su visión pesimista, que para él es un método y no una meta. El pesimismo representa más bien un periplo, una navegación que nos conduce a nuestro auténtico destino. En este viaje nada resulta más misterioso que la compasión, porque compadecerse del sufrimiento ajeno quiebra el egoísmo de nuestra individualidad, haciéndonos ver que la víctima y el verdugo son idénticos e intercambiables porque son lo mismo. Esa clarividencia nos debe conducir al único acto que nos hace auténticamente libres: el dejar de querer, siendo éste un itinerario que ya han recorrido los místicos desde la noche de los tiempos.

Querer o no querer, esa es la cuestión. Se trata de quebrar para siempre nuestra voluntad o apetencia de vivir, lo que no significa en absoluto abogar por el suicidio individual o colectivo, porque quitarse así la vida no deja de ser una manifestación del mismo fenómeno que Schopenhauer denomina «voluntad de vivir», sino de aquietar nuestra voluntad hasta extinguir irreversiblemente su dinamismo. La idiosincrásica metafísica moral de Schopenhauer pretende romper la continua dialéctica entre *Eros* y *Tanatos*. Antes de llegar a la revelación proporcionada por el sufrimiento propio y ajeno, la experiencia estética también consigue transportarnos momentáneamente al otro lado del velo de Maya, despojándonos fugazmente de nuestra individualidad, toda vez que la música supone la expresión más directa de nuestras emociones y pasiones, razón por la cual nos hace captar

inmediatamente los entresijos de nuestro ser más íntimo y comunicarnos directamente con la voluntad. Entre las mejores páginas de Schopenhauer están las dedicadas a la música.

Schopenhauer nos ofrece la crónica del viaje de la vida. La voluntad sería un caminante que ve iluminada su senda por la luz del intelecto. Gracias a esa luz logra vislumbrar que ha llegado al borde de un abismo y que por lo tanto su ruta es errónea, por lo que decide darse la vuelta y retroceder al punto de partida⁴. En definitiva, tal como relata Baroja con su novela *El árbol de la ciencia*, Schopenhauer se propondría desvelar las dosis de ficción y de mentira que precisamos para vivir. En el esplendor de su apogeo el individuo sano y fuerte no ve las cosas como son, porque no le conviene. Pero la lucidez aportada por el pesimismo puede proporcionarnos otra visión de ellas gracias a su clarividente perspicacia, un conocimiento de nosotros mismos que propicia toda una metamorfosis y puede lograr convertirnos en una especie de mariposas dispuestas a romper su crisálida para morir definitiva e irreversiblemente, retornando así al punto inicial del que salimos para emprender el efímero e instructivo viaje de la vida. Después de todo, el proverbial pesimismo atribuido a Schopenhauer no dejaría de tener ciertos ribetes optimistas⁵.

Aprestémonos a deambular por los laberintos del pensamiento de Schopenhauer, accediendo a su ciudadela desde los diferentes accesos trazados en los planos de sus obras, aunque algunos tramos resulten coincidentes y eso pueda producir en ocasiones la sensación de un *déjà vu* al atravesar el tramo compartido por algunos ve-

ricuetos del gran laberinto. Esas repeticiones enfatizan la melodía principal del poema sinfónico trazado por sus reflexiones y sirven para remachar su aportación a la historia de las ideas. El pensamiento de Schopenhauer –y por lo tanto esta presentación del mismo– discurre como una elipse, puesto que a cada vuelta se recoge algo de lo anterior y se anticipan cosas de la siguiente⁶.

Con todo, estas páginas tan sólo quieren invitar a una lectura directa de Schopenhauer (buena parte de cuyos textos están accesibles en El libro de bolsillo de Alianza Editorial, comenzando por *El mundo como voluntad y representación*), porque nada puede suplir una experiencia que tanto ha calado en sus lectores. Nietzsche, por ejemplo, confiesa que la lectura de Schopenhauer le produjo una «primera impresión casi fisiológica, esa mágica irradiación, ese trasvase de íntima energía desde un producto natural a otro que tiene lugar al primer y más leve roce. Tuve la sensación –prosigue Nietzsche– de haber encontrado por fin al educador y filósofo que andaba buscando durante tanto tiempo»⁷. Se diría que las páginas de Schopenhauer destilan una embriaguez dionisiaca que logra cautivar a sus lectores con su *lúcido pesimismo*.

Introducción

Una metafísica cuya quintaesencia es el erotismo

Todavía recuerdo aquella pequeña habitación en las afueras de Múnich en que, tendido sobre un sofá, yo leía durante días enteros El mundo como voluntad y representación, sorbiendo así el filtro mágico de esta metafísica, cuya esencia más profunda es el erotismo.

Thomas Mann, *Relato de mi vida*

Antes de que lo hiciera Sigmund Freud, también Arthur Schopenhauer (1788-1860) se sintió tan fascinado como el padre del psicoanálisis por la oniromántica. Como es bien sabido, para el autor de *La interpretación de los sueños* (1899/1900) escudriñar nuestras fantasías oníricas como si fueran un complejo jeroglífico era el mejor modo de acceder a ese ignoto inconsciente¹ que condiciona en última instancia todo nuestro comportamiento. Schopenhauer, sin embargo, fue mucho más lejos y se hallaba plenamente convencido, al igual que Calderón, de que la vida entera es comparable a un sueño, cuando no a una insoportable pesadilla. Nuestra vida sería un efímero sueño del cual despertamos al morir y sólo entonces retornamos a nuestros orígenes, volviendo a formar parte de una realidad primigenia que

late bajo todo cuanto existe y que configura el sujeto de otro sueño, esta vez eterno.

Para designar a esta realidad o esencia originaria Schopenhauer no encuentra otra denominación más adecuada que la de *voluntad*, al entender que nuestro querer o capacidad volitiva es lo que mejor nos permite aperecibirnos de su existencia. Sin embargo, no cabe confundir a nuestra voluntad humana e individual con ese sustrato común que alienta cualquier fuerza de la naturaleza, ya sea ésta de índole animal o meramente vegetativa. Dicha voluntad holística es definida como un ciego apremio volitivo, como un afán inconsciente, infinito e imperecedero que Schopenhauer viene a identificar con la incognoscible cosa en sí de Kant, al igual que con las excelsas y objetivas ideas platónicas, pero también con aquella energía cósmica bautizada por la sabiduría oriental como *Brahma* cuando se refiere a ese alma del universo que mora tras el velo de Maya, esto es, al otro lado del mundo fenoménico de las meras apariencias inmersas en unas coordenadas espacio-temporales, orbe que sería en su conjunto una simple manifestación de la voluntad. Y es que a Schopenhauer le hubiera encantado tender puentes conceptuales entre Oriente y Occidente para hacer converger ambas tradiciones culturales en su reflexión filosófica, porque pensaba que la India y el sánscrito estaban llamados a jugar muy pronto en Europa un papel similar al desempeñado por la Grecia clásica dentro del Renacimiento –según señala en el primer prólogo a *El mundo como voluntad y representación*²–.

Tal como nos advierte Jorge Luis Borges en *Otras inquisiciones*, para Schopenhauer la historia puede muy

bien verse comparada con un caleidoscopio que fuera mostrando una configuración diversa en cada nuevo giro pese a contemplar los mismos pedazos de vidrio todo el tiempo³. Dentro de semejante cosmovisión, el universo entero y, desde luego, la vida de cualquier individuo no serían otra cosa que un gigantesco sueño soñado por Alguien, el infinito mega-sueño de un espíritu eterno que al fin y a la postre no dejaríamos de ser nosotros mismos, como iremos viendo a lo largo de las páginas que siguen. Según Schopenhauer somos al mismo tiempo ese «sueño de una sombra» –empleando la expresión inmortalizada por Píndaro– y este «ser originario que se objetiva en cuanto existe»⁴; pues todo lo que ha sido, es o será no constituiría sino el eterno sueño de aquella voluntad cósmica.

Esta firme convicción del filósofo pesimista viene a vertebrar, cual si fuera una especie de hilo conductor, los cinco capítulos que componen la primera parte del presente libro sobre Schopenhauer y la lucidez del pesimismo. El primer capítulo pretende aproximarse a su obra capital y única en más de un sentido, *El mundo como voluntad y representación*, rastreando en la correspondencia de Schopenhauer los diversos avatares biográficos e intelectuales que rodearon a este singular libro desde la propia concepción del mismo hasta esa continua e ininterrumpida reelaboración realizada por el autor durante toda su vida. Con el segundo capítulo se brinda una presentación global del pensamiento de Schopenhauer, principalmente a través de su tesis doctoral y aquellos escritos de juventud en donde germinan las intuiciones que oficiarían como premisas de todo su sistema filosófi-

co. La misión del tercer capítulo es familiarizarnos con ese Schopenhauer que quiso dedicarse sin éxito alguno a la docencia universitaria, prestando especial atención a esas lecciones que su autor sólo dictó una vez a unos pocos alumnos. Me refiero a su *Metafísica de las costumbres*, razón por la cual obras tales como *Los dos problemas fundamentales de la ética* o *Sobre la voluntad en la naturaleza* cobran igualmente un gran protagonismo en este orden de cosas, donde se nos confronta por ejemplo con el espinoso problema de la *libertad*. Luego se hace comparecer al Schopenhauer que sí logró alcanzar una notable fama como escritor gracias a los ensayos reunidos bajo el rótulo de *Parerga y paralipómena*, por lo que a lo largo del cuarto capítulo se examinan sus reflexiones en torno al *destino*. Por último, el quinto capítulo se ocupa del *Nachlass* de Schopenhauer, es decir, de sus fragmentos inéditos, y en ese capítulo se hará hincapié sobre todo en los denominados *Manuscritos berlineses*, para desentrañar desde allí sus planteamientos relativos a la *muerte*.

Todas estas aproximaciones a su cosmovisión filosófica, realizadas a través tanto de su correspondencia como de sus cursos universitarios o de los fragmentos recogidos en sus manuscritos inéditos, para cumplimentar con todo ello las ineludibles referencias al conjunto de su obra publicada, nos permiten visitar el pensamiento de Schopenhauer utilizando senderos bastante menos transitados que las rutas habituales o esas antologías que desde siempre vienen haciéndose de sus escritos y que seguramente ignoran la imprecación lanzada por Schopenhauer contra quienes osaran hacer lo que unos cuantos nos hemos atrevido a hacer en alguna ocasión. En el borrador

del prólogo a esa primera edición de sus obras completas que no consiguió ver publicada durante su vida, Schopenhauer dejó escrito lo siguiente: «¡Maldigo a quien, al preparar futuras ediciones de mis obras, cambie a sabiendas algo en ellas, ya se trate de un período e incluso de una simple palabra, una sílaba, una letra o un signo de puntuación!»⁵. Sin embargo, gracias a esos «malditos» antólogos, quienes pudieran verse arredrados por la voluminosa corpulencia de su obra principal, eludiendo así el inmenso placer que reporta la lectura de sus amenas páginas, quedarán gratamente sorprendidos al descubrir a un Schopenhauer que siempre cultivó el género aforístico en sus cuadernos de viaje y se convirtió en el más asiduo comentarista de su propia doctrina para ir popularizando sin desmayo sus aspectos aparentemente menos asequibles⁶.

Quizá resulte conveniente advertir que nuestro foco de atención ha sido en todo momento su teoría moral. Pero este detalle no tiene demasiada relevancia, si hemos de creer al propio Schopenhauer, a quien le gustaba sobremedida describir su filosofía como la Tebas de las cien puertas, dando a entender con ello que, al margen del sendero que uno pueda escoger cuando se apreste a leer sus escritos, no dejará de ir a parar finalmente al centro mismo del sistema, habida cuenta de que todo su entramado conceptual guarda una estrecha relación entre sí, por muy laberínticas que se nos antojen a veces tales conexiones. Los problemas con que nos enfrenta Schopenhauer suelen ser de un enorme calado filosófico, como demuestra el que constantemente nos invite a reflexionar sobre cuestiones tales como el *destino*, la *li-*

bertad o la *muerte*, por citar únicamente los problemas filosóficos que son abordados aquí con un mayor detenimiento. Estos temas desfilan por las páginas del presente libro, donde se brindan las recetas de Schopenhauer para conjurar el absurdo temor a la muerte o su definición de la libertad como un simple olvido del encadenamiento causal que determina inexorablemente todo suceso, si bien se salvaguarda nuestra responsabilidad moral al acabar por identificarnos a cualquiera de nosotros con el mismísimo destino y considerar además que somos hijos de nuestras propias obras.

El caso es que a Schopenhauer no le asustan las paradojas y de hecho las frecuenta casi tanto como el uso de la metáfora, siendo así que a su juicio ésta supone una útil clave de acceso hacia las verdades más ocultas y recónditas. En su búsqueda de la verdad Schopenhauer no desdeña ningún aliado. Los dramaturgos, novelistas y poetas están cuando menos en pie de igualdad con los más egregios filósofos. La perspicacia de Shakespeare o el ingenio de Voltaire y la sutileza de Goethe nada pueden envidiar a la elocuencia platónica, la precisión de un Spinoza o el rigor conceptual del admirado Kant. Su curiosidad no conoce límites ni prejuicio alguno y por esa razón tampoco menosprecia cuando lo considera oportuno prestar suficiente atención a los fenómenos paranormales, la hipnosis o el cálculo cabalístico, si entiende que algo de todo ello puede servirle para demostrar sus tesis o avalar alguna de sus intuiciones. Y en esa misma dirección apunta su gran empeño por incorporar el pensamiento de las religiones orientales a nuestro alicorto acervo cultural en pos de un enriquecimiento mutuo. De

sus variopintos intereses nada queda relegado en un principio salvo una sola cosa: lo que induzca de algún modo al aburrimiento. Porque, si algo se propuso ante todo la pluma de Schopenhauer fue officiar como un infatigable alegato en contra del tedio. Uno se daría por contento si aquí llegase a transmitir la impresión de que Schopenhauer supo cumplir cabalmente con este cada vez más inusual propósito.

Puesto que *El mundo como voluntad y representación* acaba con un apéndice donde se crítica la filosofía kantiana, la segunda parte del presente libro se propone perfilar el retrato intelectual de Schopenhauer contrastándolo con Kant en dos aspectos que se nos antojan relevantes, cuales son la felicidad y la Ilustración. El primer capítulo de dicha segunda parte aborda las reflexiones de Schopenhauer sobre cómo nos cabe ser felices a este lado del velo de Maya, mientras no surta efecto la lucidez aportada por el pesimismo. En el segundo se presentan las coincidencias y las disonancias de ambos autores con respecto a lo que denominamos Ilustración, cuyas respectivas luces arrojan resultados harto diversos. En su conjunto las dos partes y siete capítulos de *Schopenhauer: La lucidez del pesimismo* persiguen familiarizar a los lectores con una peculiar metafísica que, como escribe Thomas Mann, se caracterizaría por su radical erotismo. Esta sensualidad se deja traslucir en muchos pasajes de Schopenhauer y no sólo en su *Metafísica del amor*, sino también por ejemplo en sus escritos inéditos, en donde podemos leer verbigracia que ciertos efectos paranormales nos hacen vislumbrar la confluencia del microcosmos con el macrocosmos, aunque se trate de